

## MÉXICO-ESTADOS UNIDOS

Por Daniel COSÍO VILLEGAS

LA FILOSOFÍA DOMINANTE de un biólogo no puede ser que la vida le resulta un misterio insoluble, pues su ocupación profesional consiste precisamente en explicar el fenómeno de la vida. En una situación semejante se encuentran quienes —ayer De Tocqueville y hoy Brogan— han hecho una profesión la de observar, entender y explicar al mundo el fenómeno "Estados Unidos". Yo me dedico —en esta vez para mi fortuna— a otras cosas, y, así, lejos de pesarme, se aligera mi conciencia sensiblemente cuando declaro que cada vez me parece más inexplicable semejante fenómeno. Mi perplejidad, sin embargo, es reciente, pues no existía cuando visité el Este norteamericano por la primera vez. Entonces tenía yo veinticinco años de edad, y Estados Unidos era menor en treinta y dos. También era menor mi aptitud para apreciar la complejidad increíble de tanto fenómeno importante, y Estados Unidos, por su parte, parecía entonces una sociedad bastante más simple, y su relación con el mundo exterior no se había enredado hasta el extremo actual.

Estados Unidos me impresionaba en 1925 como un gigantón que hace esfuerzos laudables por salir de la barbarie. La magnitud de los hombres y de las cosas era desde entonces el rasgo sobresaliente de su civilización, de modo que un mexicano se abatía hasta la desesperanza al descubrir que el presupuesto de la ciudad de Nueva York superaba en mucho al nacional de su país. Y no hablemos de la profundidad de sus océanos o de la anchura de sus ríos, de la arrogancia de los edificios o la longitud de los caminos, y, sobre todo, del número de automóviles que fábricas monstruosas vomitaban cada segundo de los sesenta de un minuto, cada minuto de los sesenta de una hora, y cada hora de las veinticuatro del día.

Además, esa enorme magnitud no era estática, antes bien, crecía sin descanso: los edificios de quince pisos pasaban a ser de treinta, éstos de sesenta, y pronto se erguiría el que alcanzara los cien. Todos los días se abrían nuevas carreteras, y si en un momento dado existía un automóvil por cada doscientos habitantes, después los hubo por cada cien, y clareaba ya la aurora del día en que hasta los niños tendrían dos y tres. Al lado de este fenómeno de una magnitud grande y cada vez mayor, la nota de la barbarie era omnipresente: la gente era simple y bondadosa, pero ruda; la vida, abundante, más innecesariamente vertiginosa; muerta estaba la sensibilidad al ruido, a la mugre, a la peste y a tantas otras muestras de la fealdad; y cabal era la insensibilidad al gozo, para no decir a la creación artística. Nadie parecía poder descansar nunca, y menos alcanzar alguna vez el éxtasis del ocio. Es más, la noción misma del ocio parecía ser ajena por completo al norteamericano, esa nueva especie zoológica. Por eso, entonces causaba la impresión de que aun cuando dotado de un dinamismo y un ingenio mecánico indudables, nunca podría crear en el ocio los más refinados

frutos de una verdadera civilización, y menos aún hacerlos generales.

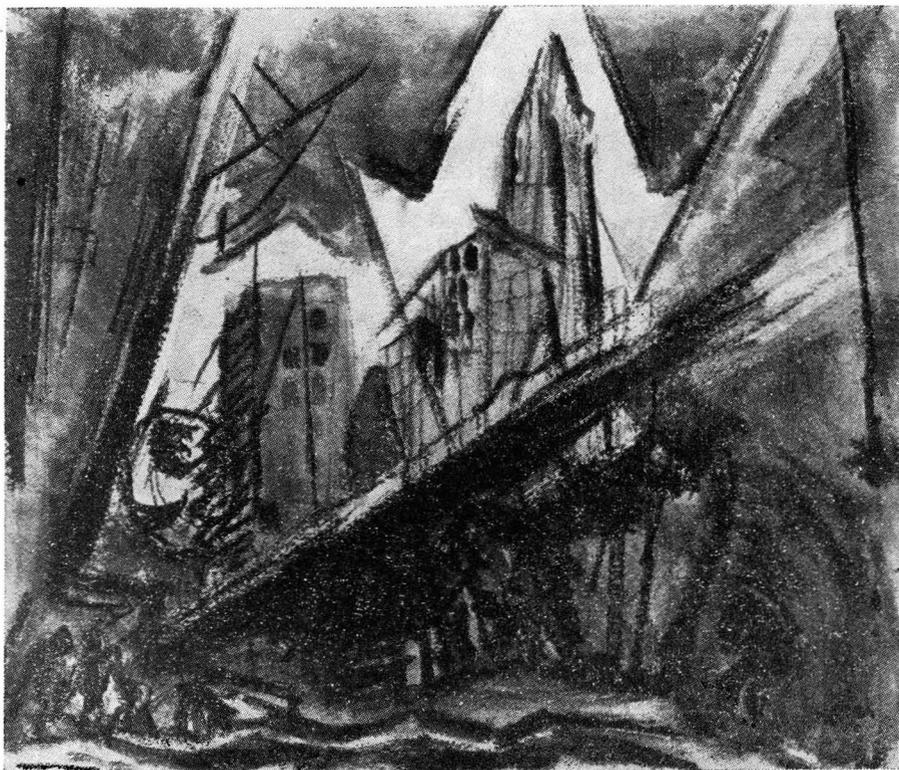
¿Qué podía aprenderse entonces de Estados Unidos y del hombre que lo poblaba? Desde luego, la vitalidad, con una serie casi interminable de virtudes y defectos. Belleza física e higiene corporal maniática; fuerza y destreza muscular, resistencia a la fatiga, capacidad inextinguible de trabajo y seguridad de rebasar mañana la meta alcanzada hoy. De ahí la aptitud para concebir y realizar en grande, pero, también, un optimismo y una fanfarronería infantiles que acabaron por suprimir la noción de lo relativo: lo pequeño, lo mediano y aun lo simplemente grande, desaparecerían; sólo subsistieron *the biggest, the greatest y the largest*, y no, por supuesto, de la aldea, de la ciudad o del país, sino del mundo entero.

DESDE ENTONCES, CLARO, Estados Unidos contaba con centros de cultura excelentes y algunos —si se quiere— asombrosos. Tal la Universidad de Harvard, que en sus escasos doscientos noventa años de vida había hecho maravillas: desde luego, plantarse en Cambridge, aldea amable y tranquila, donde no había siquiera hoteles, teatros o cinematógrafos. En ella —¡maravillosa previsión!— no podía uno sino estudiar, porque era literalmente imposible distraerse en ninguna otra cosa. Y en tal aldea, ya de por sí aislada, la Universidad se recogía en su famoso *yard*: árboles vetustos, un césped sonriente en los grandes claros que separaban los edificios simples y de dimensiones moderadas, pero acogedores y suficientes para sus fines. Imponente sólo era la Biblioteca Widener y, desde luego, los profesores, viejos de grandes quilates intelectuales, dedicados en cuerpo y alma a la investigación y la enseñanza. Allí, como en Yale o en Princeton, se

forjaba una minoría selecta en la que bien podían ponerse las mejores esperanzas del país.

Asombrosa era la Biblioteca del Congreso en Washington; desde su fundación, parecía comprar y poder albergar cuanto se publicaba en el mundo, e iba adquiriendo día con día joyas bibliográficas antes patrimonio exclusivo de Europa o del Oriente Medio. Además, funcionaba según la novedosa filosofía norteamericana del "servicio": lejos de que trabajar allí fuera ocasión de incomodidad y aun de sacrificio, el lector era atraído a ella ni más ni menos como un restaurant, una perfumería o una tienda de modas atraen a los clientes potenciales. En la Biblioteca, como en estos lugares, el lector siempre tenía la razón, y lejos de acudir a ella para pedir un favor, era ella quien pedía el favor de servir. Una legión de consultores estaba allí, literalmente al alcance de la mano, para enseñarle a uno desde el manejo del catálogo, y no se diga cuanto fuera necesario sobre autores, ediciones o libros correlativos. Las tarjetas para pedir los libros salían disparadas por tubos neumáticos con la velocidad de la saeta; al minuto estaban donde el lector, sentado, aguardaba. Y en cuanto éste manifestaba un interés algo más que pasajero, se le trepaba a los pisos superiores para aislarlo en una habitación suya, donde podía instalarse con la sensación de que lo hacía por vida y en su propia casa. Allí le llevaban cuantos libros quisiera; podía retenerlos por todo el tiempo que él juzgara necesario; y si lo deseaba, tenía un estante propio, máquina de escribir y hasta secretaria. Y no digamos luz, aire y calor durante el invierno. ¡Y todo esto sin pagar un centavo, y sin la necesidad, siquiera, de dar las gracias!

En un hiriente contraste estaba, digamos, la vetusta Biblioteca Nacional de París: en 1927 llegó a ella por azar un director joven y emprendedor a quien se le ocurrió exhibir en salas privadas y al precio de unos cuantos francos, algunos de los tesoros fabulosos que po-



John Marin.—Bajo Manhattan

seña... para poder pagar con los fondos recogidos la instalación de luz eléctrica que permitiera leer de noche. ¡Es verdad que a los latinoamericanos que entonces paseábamos por París, se nos arrasaban los ojos de lágrimas cuando caían sobre el mapa original que guió a Cristóbal Colón en su descubrimiento del Continente Americano!

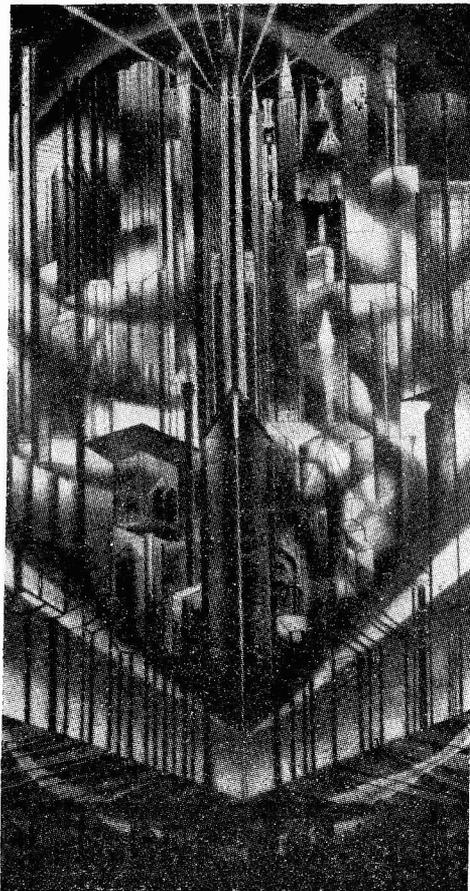
Cierto es que todo o casi todo era extranjero en el Museo y la Ópera metropolitanos y en la Orquesta Sinfónica, además de estar en la ciudad de Nueva York, la urbe inmensa cuyo rostro todavía miraba atónito hacia el otro extremo del Atlántico y cuya espalda, en cambio, daba porfiadamente al *hinterland* nacional. Aun así, ya eran espléndidos, y podía confiarse en que algunas de sus semillas volaran hasta el interior para caer y fructificar en suelo propiamente norteamericano. Existían escuelas primarias y secundarias por doquier, pues el pueblo y las autoridades oficiales sentían una necesidad ilimitada de ellas; los recursos abundaban, y como el país se comunicaba y uniformaba a diario, hacer escuelas, dotarlas, poblarlas y multiplicarlas, tan solo era cuestión de tiempo. Universidades también había; a veces, sin muchos recursos o justificación, y en exceso de las necesidades de la comunidad a la que pretendían servir. Tampoco tenían el rancio abolengo de sus mayores del Este; aun así, eran centros que, si no creaban cultura, al menos la difundían, y ésta era la primera tarea, y encomiable su desempeño, en consecuencia.

En el cinematógrafo —un arte nuevo al que se creyó capaz de acabar con otros—, Estados Unidos tomó la delantera casi desde el principio. Quienes desconfiaban de la capacidad creadora del norteamericano, trataron de explicar la sorpresa diciendo que como el cine era un espectáculo por esencia popular, triunfaba el país donde la masa contaba más. Pero esto no explicaba la facilidad, la naturalidad con que surgían actores y actrices que además de desempeñar sus papeles convincentemente, poco a poco iban creando un arquetipo que habría de imitar el mundo por largos y largos años. Y surgían también directores, escenógrafos, camarógrafos y hasta escritores. Encaramados sobre todos ellos, es verdad, e imponiéndose, se veía el genio hurano, antipático y dictatorial del "organizador", y el otro bombástico y no menos antipático de la publicidad; no era promesa, sino realidad, y una aun así, el cinematógrafo norteamericano realidad nueva, además de pujante. Sin embargo, todavía no podía hacerse sobre él el juicio final, el de la "posteridad".

PARA LA EXTENSIÓN de su territorio, para su riqueza y para su buena estrella, todo aquello, por grato y prometedor que fuera, apenas era un oasis en la inmensidad de un desierto cultural. Por eso, recuerdo muy bien que en 1925 se escuchaba con frecuencia este juicio: Estados Unidos creará —está creando— una civilización, pero no una cultura propiamente. ¿Ha sido así? ¿Qué ha pasado en el desarrollo intelectual y artístico de Estados Unidos en los últimos treinta o cuarenta años?

Los progresos son tan manifiestos, que hoy sólo puede desconocerlos el ignorante o negarlos el obcecado. Creo que no existe país en el mundo que se

haya llevado tantos premios Nobel en ciencia como Estados Unidos; la novela norteamericana se traduce y se lee en todos los idiomas, además de haber creado una escuela que se imita; no existe región próxima o lejana donde la música de *jazz* no tenga cultivadores y aun fanáticos; las contribuciones a la medicina pesan más que las de cualquier otro país; el teatro norteamericano tiene ya una vida propia, y se conoce y admira lo mismo en México que en París o Londres; y aun cuando el cinematógrafo definitivamente no es ni será lo que de él se esperaba hace algunos años, es un hecho que, al menos como industria, sigue dominando al mundo y ejerciendo en él una clara influencia, aun cuando casi siempre deplorable. Como en el caso del automóvil, de la



Joseph Stella.—*Rascacielos*

plancha eléctrica o del refrigerador, la cultura norteamericana se exporta ya al extranjero y con éxito.

Esto se debe, por supuesto, a que el crecimiento interno ha sido enorme. Hay, por lo menos, cincuenta universidades que si no son de primer orden en todo, lo son en esta o en aquella rama del conocimiento, y en todas prevalece la disciplina, el estímulo para aprender y existen los elementos materiales de una enseñanza mejor. Buenos profesores y buenos investigadores los hay no ya solamente en Harvard, en Yale, en Princeton, o California, sino en las universidades más insospechadas, en Nebraska, Iowa o Texas. Las buenas orquestas sinfónicas no se limitan a Filadelfia, Boston y Nueva York, sino que las hay en todo centro urbano de mediana importancia, y algunas, como la de Louisville, son excelentes. Los más de sus músicos son ahora norteamericanos, y hay directores de orquesta destacados, norteamericanos también. Los cantantes de ópera de Estados Unidos se cotizan habitualmente en Viena y Salz-

burgo, Milán o Bayreuth y Londres. Existen compositores de nota y pueden verse ya exposiciones retrospectivas de pintura y de pintores norteamericanos. Notables son también los periodistas: lo mismo los buscadores de hechos que quienes se lanzan a una campaña para exponer vicios de gobernantes o de instituciones, o aquellos otros que estuvieron en la vanguardia de los ejércitos aliados en la última guerra, o quienes pasan a ser intérpretes de situaciones, hombres y problemas de países extranjeros. Los periodistas norteamericanos han hecho escuela, se les imita, y, en conjunto, son los mejores del mundo. Es, pues, incuestionable que el norteamericano ha dejado de ser un simple receptor y transmisor de cultura, y que hoy es un creador de cultura y de arte, y ello con tan buen título como cualquier nacional de cualquier país del mundo.

Y, sin embargo... me parece que de la misma manera que hoy pueden ya palpar y medir los progresos culturales de Estados Unidos en la transmisión y en la creación de la cultura, del mismo modo pueden advertirse las fallas, y me temo mucho que algunas de ellas deban tenerse como definitivas, o poco menos. Quizás la mayor es que la magnitud y el refinamiento han resultado incompatibles a partir de cierto momento. Y el asunto es gravísimo porque, para bien o para mal, no se trata del éxito del "experimento" estadounidense, sino de la suerte de todos los países del globo, pues no hay uno solo —incluyendo al frente de la lista a la Unión Soviética— que no aspire a ser como Estados Unidos, ni hay tampoco uno solo que pueda en el futuro previsible ser muy distinto de Estados Unidos. Aun en el supuesto de que en la contienda actual saliera victoriosa la Unión Soviética, el mundo se convertiría, sin duda, al comunismo; pero por encima de tan tremendo cambio político y económico, quedará lo que es y ha sido Estados Unidos, y que es, y no puede dejar de ser la Unión Soviética, a saber, una civilización de masas. Volvamos, sin embargo, a las fallas del progreso cultural de Estados Unidos, asunto cuya explicación quizá convenga intentar con algunos ejemplos.

Sea el primero la Biblioteca del Congreso de Washington. Hoy puede decirse con certidumbre que al pasar de tres a diez millones de volúmenes, creció tan monstruosamente, que es eso, un monstruo, y no, como antes, un instrumento de cultura fino y eficaz. No hablemos de los fondos de la División de Manuscritos en cuya catalogación no se avanza, ni puede avanzarse dada su cantidad y su crecimiento continuo; no son ni pueden, entonces, ser sino instrumentos burdos de investigación. Hablemos de los libros: son tantos ya, que su catalogación apenas alcanza uno o dos conceptos toscos. Recuerdo que hace dos o tres años pretendí hacer una bibliografía sobre inversiones extranjeras en México, y fui derecho a "Foreign Investments", donde hallé un buen lote de obras generales sobre el tema; pero no encontré el segundo concepto, "México". Me pareció tan extraño, que recurrí en seguida a uno de los consultores, aquel que me pareció tener todas las características externas del sabio: pequeño, desaliñado, cegatón y judío...

El hombre se lanzó al catálogo con esa satisfacción anticipada de quien pisa la marcha automática sabiendo que el motor del auto andará al instante. Pero nada... mi hombre intentó esta y aquella solución, sin resultado alguno, acabándome por decir que si yo tuviera una lista con los nombres de las empresas que han hecho inversiones en México, la cosa se allanaría. Nada dije, por supuesto, pero me pareció obvio que hecha esa lista, la necesidad de acudir a la Biblioteca del Congreso sería mucho menor. En el día de hoy, pues, la Biblioteca sirve la mitad o la tercera parte de lo que antes servía.

No es ésa, por supuesto, la única experiencia ingrata. De catorce libros que pedí en una mañana, sólo tres me pudieron entregar, pues los demás estaban "perdidos", es decir, fuera de su lugar. Y, de nuevo, esta situación es cada vez más irremediable, pues acudiendo a la solución a que acuden las bibliotecas medianas, a saber, la de pagar sumas pequeñas a los estudiantes de secundaria en vacaciones para recolocar los libros "perdidos", significaría en una biblioteca de diez millones de volúmenes sumas que aun un Congreso tan poderoso como el de Estados Unidos se rehusaría a dar. Esto sin contar con que, aun teniendo el dinero, no habría bastantes estudiantes secundarios para desempeñar la tarea.

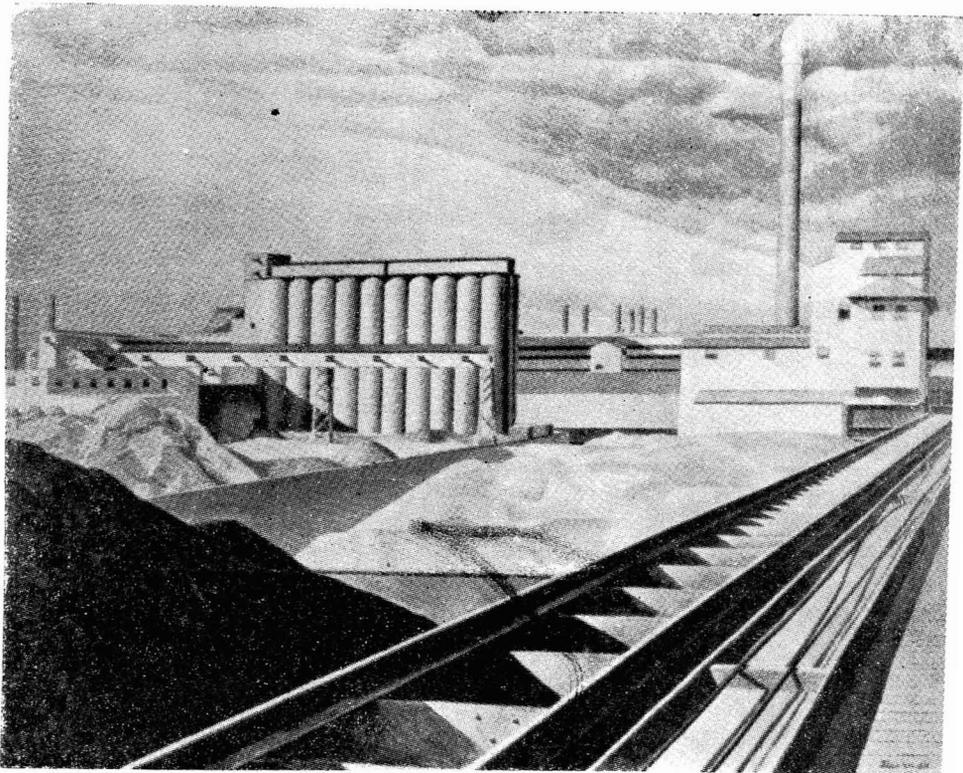
Hace treinta años la Biblioteca del Congreso daba la impresión de que podía convertirse en la mejor biblioteca universal. Los latinoamericanos teníamos la triste experiencia de que libros publicados por nosotros y que era literalmente imposible hallar en nuestros países, se encontraban en la Biblioteca del Congreso, y que por eso no podía tenerse una certidumbre bibliográfica completa sin consultar el catálogo de ella. Hoy eso no es cierto, sino al contrario: cuando uno ha trabajado en su país un tema histórico, digamos, y se compara la bibliografía propia con la de la Biblioteca del Congreso, impresionan los grandes huecos que se descubren y el carácter notoriamente azaroso con que se han ido acumulando esos libros. Idos para siempre están los días en que un caballero como John T. Vance, conocedor de la lengua y de la legislación, hacía viajes periódicos y holgados a los países latinoamericanos, y con la amistad y la simpatía de los especialistas del lugar —que él se ganaba al instante—, adquiría libros para la División Jurídica.

Y, desde luego, la biblioteca no ha logrado nunca cubrirse completamente de la barbarie legislativa a que debió su origen, su crecimiento y, en cierta medida, su decadencia. Esto significa, no que el Congreso norteamericano haya degenerado con el tiempo, pues el de ahora es igual al de hace treinta o cincuenta años; es que la Biblioteca no ha logrado revestirse con el aura de lo intocable, y esto es importante, pues si el caso contrario fuera cierto, por lo menos habría razón para conservarla con su monstruosa magnitud actual. Como no es así, no parece haber ninguna razón para que esa Biblioteca no se fraccione, por lo menos, en cuatro, y se haga de cada una lo que fue alguna vez: un instrumento de cultura fino y eficaz.

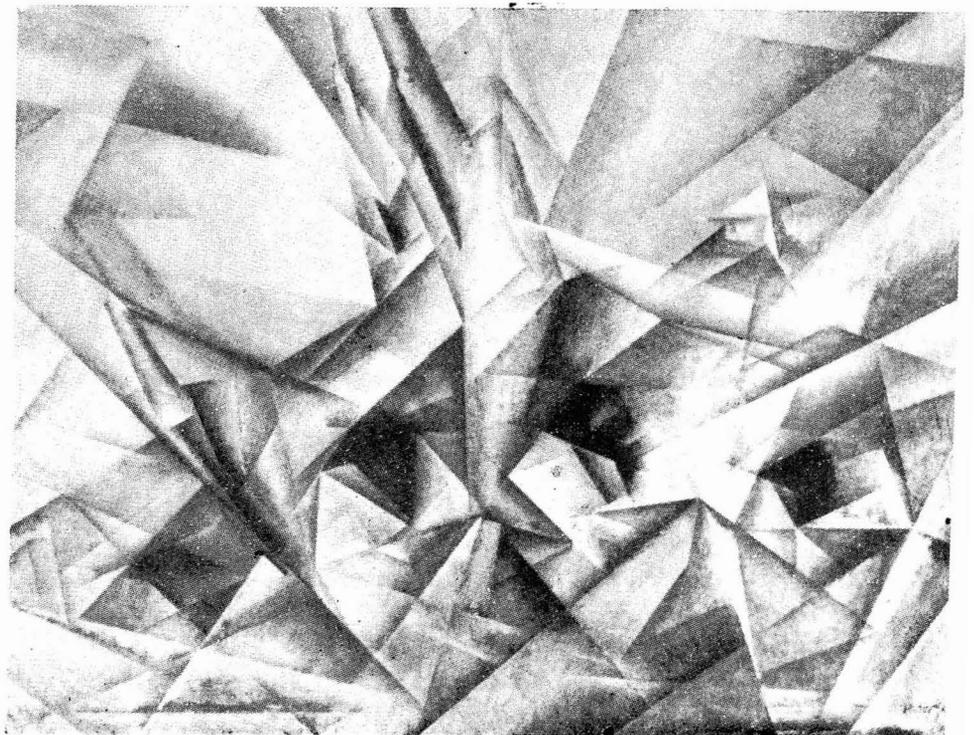
Esa falla, que revela, según creo, la incompatibilidad de la cantidad con la



José Clemente Orozco.—Fragmento de un mural



Charles Sheeler.—Paisaje clásico



Lyonel Feininger.—Puente V

calidad, de la magnitud colosal con la finura, tiene, al fin y al cabo, el remedio sencillo de la partición que he indicado antes; pero a lo que quiero referirme ahora, mucho más grave y de fondo, no parece haber sino la esperanza de que alguna vez se corrija por sí solo. Las universidades y escuelas; los museos y las bibliotecas; las orquestas y la ópera; el cine, la radio y la televisión; las publicaciones periódicas y el fonógrafo, en fin, tanto y tanto medio de creación y de difusión de la cultura, ¿han creado o han afinado el sentido artístico del pueblo norteamericano? No de la aristocracia, sino del común de la gente.

Dejemos a un lado el problema de si, como lo creemos los mexicanos, hay pueblos o razas con un sentido artístico innato, que no es fruto de una educación, sino de una sensibilidad especial, del mismo modo que hay personas que nacen con una piel tersa y delicada, que no le ha dado ninguna crema o masaje. Por esa razón creemos los mexicanos que nuestro indio, a pesar de su abrumadora ignorancia de la civilización occidental, gusta de la música y la crea, gusta de la pintura y pinta, y tiene una capacidad para gozar de la naturaleza que lo sustenta en su inmensa soledad y en su total abandono. Pero aun nosotros los mexicanos no negamos que la educación pueda afinar y aun crear un gusto, sentido o sensibilidad artística. ¿Ha sido creado en Estados Unidos, o, al menos, está en vías de crearse?

Mucho me temo que no, y que esto sea definitivo, como lo es el caso del niño prodigio que se malogra. He tenido una experiencia que me sumió en esta triste convicción. El *Royal Ballet* hizo una temporada en el Metropolitan Opera House de algo más de un mes. Daba una representación diaria, y en tres días de la semana, dos en un solo día. A pesar de la gran capacidad del Metropolitan, jamás quedó un solo asiento sin vender, así los peores (que hay muchos) como los más caros. El *Royal Ballet*, desde luego, no era el único espectáculo de la ciudad; con él competían cien teatros y cien cinematógrafos, más las plagas de la televisión, de la radio, el mal tiempo y la Asamblea General de las Naciones Unidas. A pesar de la gran población de la ciudad de Nueva York y de su riqueza, la afluencia del público parecía un signo alentador y muy significativo; pero había más, la cordialidad del público: el calor del aplauso, la mirada complaciente y la atención sostenida. Por desgracia, era fácil comprobar que ocurría exactamente lo mismo en el caso de *The Rockets*, una treintena de chicas que hacían un ballet en el Radio City. Y entonces, ante el increíble mal gusto de este espectáculo, algo que, positivamente, sólo ocurre y es concebible en Estados Unidos, era fácil descubrir la causa de aquellos llenos, de aquella cordialidad del público, del calor de su aplauso, de la complacencia en la mirada y de la atención sostenida: era la habilidad o la destreza física para brincar o girar, común al *Royal Ballet* y a *Las Rockets*, y aun superior las de éstas; pero en manera alguna la nota artística, plena en aquél y en éstas ni siquiera imaginada. Y si alguna duda había, bastaba fijarse cuándo aplaudía el público al *Royal Ballet*: no era cuando Margot Fontaine trasta-

billaba, el rostro, los brazos y aun las piernas caídas, sin tensión alguna los músculos, para indicar el dolor y la proximidad de la muerte, sino cuando alguna figura secundaria daba un gran salto o giraba hasta perderse el dibujo del rostro, como ocurre exactamente con el trompo o la chicharra de colores, que giran y giran hasta parecer el primero una sombra y la segunda una masa blanca.

Días después tuve una confirmación más, pues con un intervalo de dos semanas, actuaron, primero el ballet indio de Shanta Rao y después los Danzantes de Bali. Desde luego, actuaron en el Teatro ANTA, con una capacidad cinco veces menor que el Metropolitan; no se llenó siquiera el día de la función inaugural y ambos espectáculos fueron perdiendo público día con día. El incentivo del exotismo no fue capaz de compensar el hecho de que en esos dos ballets no había circo, pues la habilidad y la destreza puramente física cuentan poco, y mucho la expresividad del rostro, del tronco y de los brazos; la cosa era peor todavía en el caso de los Danzantes, pues el baile se hace de la cintura para arriba, de modo que alguna vez el danzante está de rodillas y aun sentado. La posibilidad del circo no existía, y, en consecuencia, tampoco el motivo de la atracción y la razón del aplauso. La belleza de Shanta Rao, y la gama inverosímil de expresividad de su rostro, que pasa en unos cuantos segundos de la pena al asombro, de la curiosidad a la satisfacción, a la coquetería y al arrobamiento, no llamaban la atención sino a unos cuantos, y no pueden llamar la atención de la masa americana.

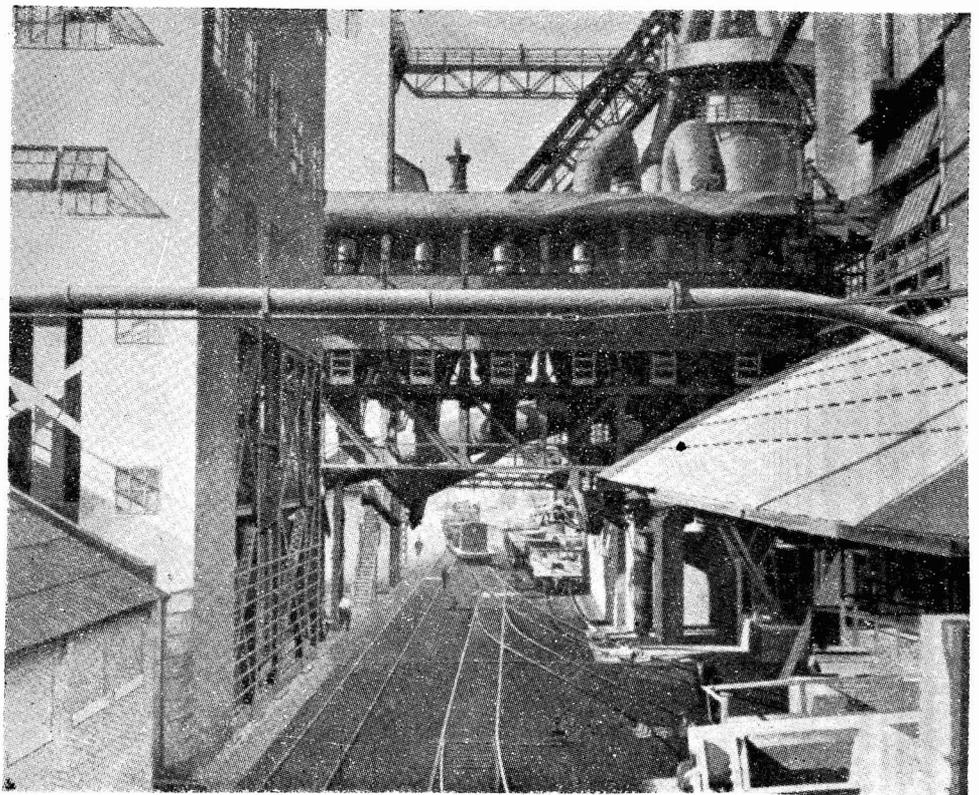
Hay, además, una cosa curiosa, pero cierta y fácil de comprobar: el público norteamericano aplaude impulsado por un motivo moral y no artístico; aplaude para compensar un esfuerzo o una habilidad, pero no la impresión artística que de ellos pueda resultar, y menos restringe su aplauso cuando el resultado no es artístico. Puede no aplaudir a

un hombre que juega a lanzar al aire y recoger cinco naranjas; pero si el hombre aquel persiste en su juego sin equivocarse tres minutos, aplaude como tres, y si diez, como diez, y si cien, como cien... esto en lugar de aburrirse y abandonar el teatro.

El papel que desempeña el intelectual en la sociedad norteamericana es todavía más revelador de que en ella no han penetrado muy hondo la inteligencia y la cultura en los últimos treinta o cuarenta años. El intelectual —hombre de ciencias o de letras, artista— no es, o rara vez ha sido, objeto de admiración pública general en Estados Unidos. Es verdad que suele gozar de una vida más cómoda y estable que en cualquier parte del mundo. Esto lo sabemos mejor que nadie nosotros los latinoamericanos, pues en nuestros países no se conoce todavía el caso de un escritor, por ejemplo, que haya hecho fortuna con su pluma. En cambio, el caso general en Estados Unidos es el inverso; pero de él puede decirse lo mismo que del obrero o del burócrata, es decir, vive mejor no por una predilección especial, sino por la razón general de que le ha tocado en suerte nacer en una sociedad más rica, y es fatal que le toque algo de la abundancia nacional.

No se trata de ingresos, pues, sino de la estimación general, de si el intelectual es objeto de admiración, de si participa en la vida pública, de si tiene alguna influencia en ella por ser intelectual, y de si es un héroe o arquetipo al que se propongan seguir o imitar los niños y los jóvenes.

Desde luego, hace muchos, muchísimos años, que no es jefe de Estado un intelectual, y cuando surge como candidato a la presidencia de la República un Adlai Stevenson (que no es, propiamente, un intelectual), entonces la sociedad norteamericana reacciona inventando la expresión peyorativa del *egg-head* para expresar la sorpresa, el desprecio, y, sobre todo, el sobresalto ante la arrogancia de que un intelectual pretenda gobernarla. La lección fue tan



Charles Sheeler.—Interior de ciudad

dura, que Stevenson resolvió cambiar de actitud en su segunda campaña: borrar en sus discursos y en su conducta todo vestigio imaginable de que era o había sido alguna vez una persona inteligente e ilustrada, para adoptar el lenguaje, los apretones de mano y la carcajada histriónicos tan conocidos del político, profesional y vulgar, norteamericano. No sólo no ha habido un jefe de Estado o un ministro intelectual, sino que cuando ha habido alguno en el Senado o en la Cámara de Representantes, ha sido para confirmar la regla, pues es único en un rebaño de doscientos, o el cometa que aparece cada diez o quince años.

Lo MISMO puede decirse —y quizá con mucha mayor razón— del escenario político no ya nacional, sino local, el del Estado o la aldea. El *elder statesman* en Estados Unidos es Bernard Baruch, el hombre de negocios afortunado, pero no Winston Churchill, capaz de ocupar su ocio pintando, o, mejor todavía, escribiendo en un inglés sorprendente, lo mismo la historia de la Gran Guerra que la de los pueblos de habla inglesa, o Alex Leger, que después de servir en el Quai d'Orsay como Secretario General por largos años, cambia de nombre para escribir una poesía exquisita. Hace tiempo —quizá desde los tiempos de Jefferson— que ningún hombre público de Estados Unidos es objeto de la veneración pública de que goza Martí en Cuba o Sarmiento y Mitre en Argentina, tres intelectuales que sirvieron a su país. Desde los tiempos de Franklin, ¿ha habido en la diplomacia norteamericana un Paul Claudel, para no hablar de un Goethe? ¿Qué escritor ha ocupado alguna vez el lugar que en el escenario de toda la vida francesa ocupó alguna vez Victor Hugo? ¿Entre los intérpretes de la vida diaria norteamericana se ha dado siquiera un François Mauriac, un Chesterton, o un Ortega y Gasset? ¿No resultaba Albert Einstein un poco desconcertante para Estados Unidos, y no ciertamente como físico, sino como ser humano? ¿Y no acabó por resultar demasiado desconcertante Charles Chaplin?

Es incontestable que el arquetipo de la sociedad norteamericana, el modelo o el héroe a imitar, no es el hombre de estudio y ni siquiera el inteligente, sino el negociante afortunado, es decir, el hombre humilde, en gran medida iletrado que, gracias a su tesón y a su ingenio, logra amasar una fortuna. Y esto es así, porque ocurre en la realidad de la vida y porque ocurre con muchísima mayor frecuencia que ningún otro caso de éxito social. Y es así, también, porque toda la educación, lo mismo la reciba el niño de sus padres que de la escuela, conduce a ese resultado. El niño no emplea sus vacaciones en descansar o en cultivarse intelectualmente, sino en ganar algún dinero vendiendo suscripciones de revistas o fregando platos y vasos en una *soda fountain*. Me han contado que en el Japón, al menos el de entreguerras, es tradicional que el padre suba a su hijo de cuatro a seis años a una altura, la rama de un árbol o una ventana, para incitarlo a que salte, y que tiende sus brazos para indicarle que no debe temer, pues en el aire lo recibirán; y que el hijo, confiado en esto, salta, sólo para descubrir que al retirar el padre deliberadamente los brazos, se



Diego Rivera.—Fragmento de un mural

da el gran zapotazo. Con esto ha querido darle el padre japonés a su hijo lo que considera la gran lección de la vida, a saber, que un hombre no puede ni debe confiar en ningún otro ser humano, ni en su padre siquiera. En la vieja España, la gran lección moral que el padre se empeñaba en inculcar a sus hijos, era la lealtad, es decir, la fidelidad a un compromiso adquirido, sin importar que las consecuencias de cumplirlo fueran desastrosas. Pues bien, el padre norteamericano quiere y le da a sus hijos como la gran lección moral, la de que deben bastarse a sí mismos, y, para ello, deben trabajar, ganar dinero y saber disponer de él sabiamente, es decir, disponer del dinero para ganar más dinero.

¿DE QUÉ PUEDE depender la pobreza del resultado si el esfuerzo y los medios para conseguirlo han sido constantes y grandes? Alguien diría que la causa simple y sencilla radica en que el norteamericano es negado para el arte, y que por eso dineros y esfuerzos tirados a la calle son los que se empleen en tratar de dotarlo de un sentido, de un gusto o de una sensibilidad artística. Esto parece tan absurdo como el racismo hitleriano; pero el fenómeno de la pobreza del logro artístico e intelectual es cierto, y habrá que buscarle una explicación que sea substancial, aun cuando parcial.

Para mí, Estados Unidos es el único país del mundo que ha tenido una filosofía política verdaderamente democrática, el único que la conserva en su esencia, el único que ha ensayado día a día crear una sociedad democrática y el único que lo ha logrado en una gran medida. Esa teoría y esa práctica democráticas se encierran muy bien en la fórmula de los utilitaristas ingleses: el mayor bienestar del mayor número, o en la fórmula norteamericana de "a todos la misma oportunidad". Por eso Estados Unidos ha gastado su tiempo y su energía en crear un bienestar medio tan grande como sea posible; ése ha sido el fin, y a su logro se han aplicado todo

el tiempo y todos los recursos. Vista así, la sociedad norteamericana es un milagro por la congruencia de sus metas y por los avances para alcanzarlas: el nivel general medio de salud, de alimentación, de cultura, de recreo, de bienestar, en suma, es alto, y, más importante todavía, ha subido palpablemente y sigue subiendo año tras año. Es decir, en esto ha habido un progreso grande, conseguido en un plazo corto y con la perspectiva de que no se detendrá en un futuro próximo.

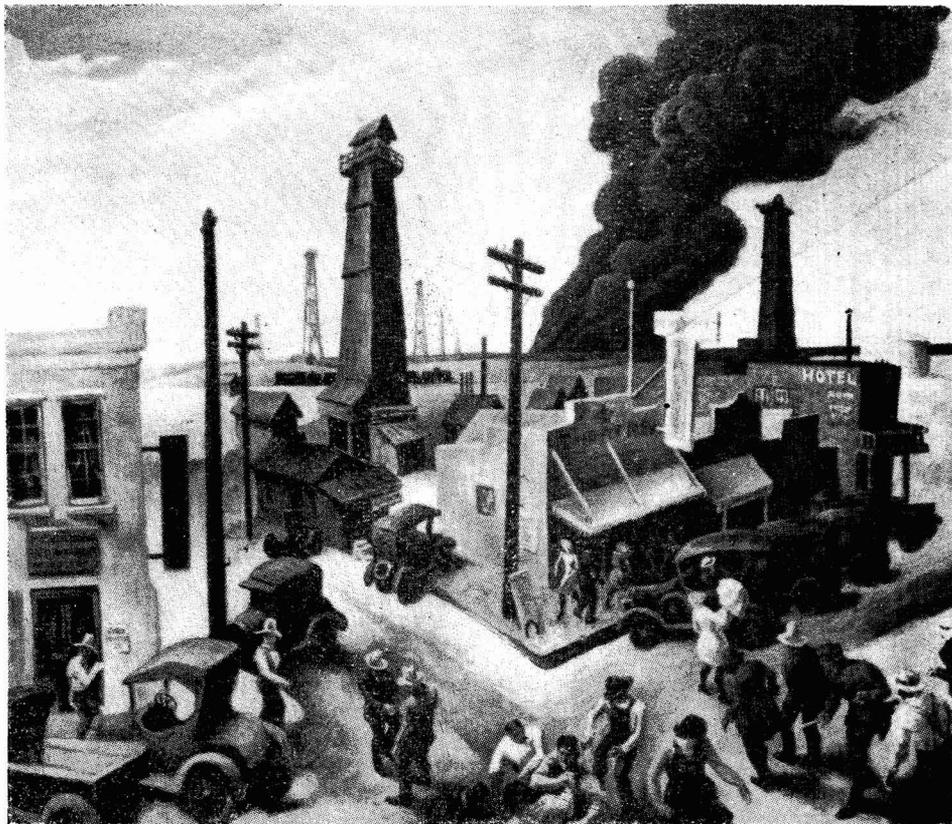
Desde ese punto de vista, yo no vacilaría en decir que Estados Unidos es, no una sociedad ideal —pues nada de lo que hace el hombre alcanza la perfección, entre otras razones porque no habría diferencia entre él y Dios—, pero sí que es la sociedad mejor encaminada. Pero si así son las cosas —y me parece que así son—, es inevitable la consecuencia: ese milagro de la sociedad norteamericana se ha conseguido a expensas de algo, o, como dice el norteamericano tan significativamente, se ha conseguido a un precio muy alto, como ocurre siempre que se compra algo de sustancia. Todos y cada uno de los norteamericanos ha progresado un tanto en el cultivo de sus sentidos artístico e intelectual; pero, claro, el progreso ha sido pequeño porque el esfuerzo y los recursos han tenido que diluirse entre todos y cada uno de los norteamericanos. Si la sociedad de Estados Unidos no tuviera una orientación democrática; si la tuviera aristocrática, o aristocrática y democrática; si el esfuerzo y los recursos, en suma, se hubieran concentrado en una minoría o en una *élite*, los logros hubieran sido mayores, pero no generales.

El movimiento de gran renovación intelectual que inició en España el grupo que amparó la Institución Libre de Enseñanza, y cuyo fin era despertar al país de la modorra intelectual en que parecía sumido ya para siempre, se propuso conscientemente preparar primero una *élite*, y para ello, concentrar en esa tarea el tiempo, la energía y los

recursos disponibles. A ese fin aristocrático obedeció la propia Institución Libre de Enseñanza, que ofrecía a niños y jóvenes escogidos, de la primaria al bachillerato inclusive, una enseñanza que, además de ser laica, era mejor y nueva, pues se apartaba de los programas oficiales, envejecidos y rutinarios; la Junta para Ampliación de Estudios, dedicada a becar a los miembros de esa *élite* para hacer estudios postgraduados en universidades extranjeras; la Escuela Plurilingüe, cuya finalidad era dotar a los miembros de la futura *élite* de los idiomas clásicos (griego y latín) y modernos (alemán, inglés y francés) que les permitieran entrar en un contacto cultural con todo el mundo, rompiendo así el aislamiento intelectual en que España vivía desde hacía tiempo; la Residencia de Estudiantes, que, a semejanza del *college* inglés, ofrecía, también a grupos de estudiantes escogidos, alojamiento, comida y recreo sanos, pero refinados.

En Francia y en Inglaterra puede no haber un plan para crear una *élite* tan deliberado como en la España anterior a Franco, pues el de ésta, al fin y al cabo, fue elaborado por un grupo reducido de intelectuales españoles que, desencantados de la acción educativa del Estado y de la iglesia, se conjuraron para intentar una reforma por su propia cuenta. Pero en Francia y en Inglaterra, de todos modos, las cosas trabajan en el sentido de gastar buena parte del tiempo y de los recursos en la formación de lo que el francés llama con tanta propiedad los "cuadros", lo mismo del ejército, que de la administración o de la enseñanza. Los "cuadros" son el esqueleto que soporta el cuerpo de un animal, la estructura de hierro o de concreto en que descansa un edificio. En el caso de Inglaterra, toda la organización social y en particular el sistema de enseñanza, conspira para la formación de una aristocracia intelectual y artística, así como política, administrativa y de los negocios. De todos modos, en países mejor organizados, como son, justamente, Francia e Inglaterra, la situación cabal es, más bien, la coexistencia de una aristocracia y de una democracia intelectuales, y la de una comunicación normal entre ésta y aquélla, de modo que, de hecho, la aristocracia se nutre de la democracia, y como no hay barreras infranqueables entre una y otra, es posible, y frecuente, además, que un individuo de las capas bajas, bien dotado y con voluntad o ambición para ascender, pueda hacerlo sin que deje la vida en la aventura.

En la mayor parte de los países latinoamericanos, en cambio, la situación ha sido, y sigue siendo en muy buena medida, a todas luces inconveniente, en rigor, trágica. Existe en el tope una aristocracia, compuesta por un número limitadísimo de personas (en algunos países pueden no pasar de veinte o cincuenta), de un saber y de un refinamiento intelectuales tan extraordinarios, que a veces recuerdan a los hombres del renacimiento italiano; pero esa *élite* intelectual está suspendida en el aire, pues inmediatamente debajo de ella hay sólo el vacío puro, hasta llegar a la base de la pirámide, que forma la enorme masa indígena. Ésta ha podido llegar hacia fines del siglo xv a una organización social y a un progreso cultural y



Thomas Hart Benton.—Boomtown

artístico avanzados, aun notables, como el de las civilizaciones precortesianas de mayas o toltecas; pero destruida su cultura propia por la conquista española o portuguesa, y sin haber logrado hacer suya la occidental europea, no es siquiera una democracia intelectual, sino simplemente una masa o una pesada plancha de ignorancia y de desconcierto.

ESTA SITUACIÓN va cambiando, desde luego: la "capilaridad social", como la llaman los sociólogos, o sea la posibilidad de ascenso de las clases bajas a las altas, es ahora mayor de lo que era hace cincuenta años. En el México de hoy, por ejemplo, es sorprendente advertir que el noventa por ciento de los concurrentes a los mejores espectáculos —conciertos, ballets, ópera o drama— son evidentemente personas que apenas acaban de salir de la clase media baja, y que asisten por la primera vez a ellos como parte de un adiestramiento que les permita afianzar un sitio estable en las capas superiores de esa clase media. El fenómeno más notable en la mayor parte de los países latinoamericanos es, sin embargo, el del autodidacta, el hombre que se hace de una cultura fuera de las escuelas, impulsado por un interés casi maniaco en ella y sin más guía que su curiosidad y su gusto. Si hoy existen en México doscientos historiadores, puede tenerse como seguro que no más de veinte han recibido una preparación formal en las escuelas. Pues bien, este tipo de hombre, el *self made man*, se da en Estados Unidos en una gran abundancia; pero casi siempre en el mundo de los negocios y muy rara vez en el campo de la cultura.

Por esto, no son los ingleses, los franceses y los alemanes quienes pueden apreciar mejor el sentido y el grado de progreso intelectual de la sociedad norteamericana, sino nosotros los latinoamericanos, que estamos en la situación diametralmente opuesta: nuestra *élite* intelectual está muy por encima del nivel medio y general de Estados Uni-

dos; pero este nivel es infinitamente superior al medio y general nuestro.

Y PUESTO QUE EL origen y el destino de este ensayo es bordar sobre la gran preocupación del entendimiento entre México y Estados Unidos, quizás sea éste el lugar para hablar sobre una consecuencia grave de esa preeminencia del negociante en la vida nacional norteamericana, con mengua del "intelectual", o sea el hombre o mujer que se ha esmerado, no en la faena tosca de explotar cosas y hombres, sino en la más delicada de entenderlos.

Los diferentes países del globo pueden dividirse de tantas maneras cuantos puntos de vista se adopten para hacer la clasificación; pero hay una que hacía Pedro Henríquez Ureña y que me parece de sumo interés. Agrupa los países en dos categorías: unos, aquellos cuyos naturales se ven mejor fuera de su país, y los otros, aquellos cuyos naturales se ven mejor dentro del respectivo país. Esto, por lo demás, ocurre con las flores: la margarita y la hortensia son flores de "macizo", mientras que la rosa y más aún el lirio o la orquídea destacan en el aislamiento, en la unicidad. El mexicano, el indio y el chino de otros tiempos, se ven mejor en el extranjero que dentro de su propio país. A la inversa, el argentino se ve mejor en Argentina que fuera de Argentina, así sea en un país contiguo como Chile; el norteamericano atrae dentro de su país, pero no fuera, e igual cosa ocurre con el español y tal vez con el ruso.

En México, la India o China, lo que vale es el individuo y no la colectividad, amorfa, pobre, ignorante y como desconcertada. Por eso, cuando el mexicano, el indio o el chino salen de sus países y van al extranjero, como que se sacuden el lastre de la colectividad, y sin ella se destaca más su individualidad, que subrayan, por lo demás, sus rasgos faciales y el color de su piel, exóticos en el escenario occidental. La levedad de una sonrisa china, la ligera

inclinación del tronco, indicativa en el mexicano de la pleitesía que rinde a la dama con quien conversa, y la mirada levantada del indio, expresión de orgullo y a veces de soberbia, llaman pronto la atención en cualquier parte de Europa o en Estados Unidos. Y los tres hablan como individuos, con distinción o particularidad, aun de un tema tan vulgar como el tiempo. Cada uno se sostiene por sí mismo, es un todo en sí mismo, un ser particular o un individuo.

A la inversa, el argentino causa la impresión en su país de ser un poco ruidoso y atropellado, pero también la de sano, directo, y acogedor; fuera de Argentina, en el París de entreguerras, por ejemplo, era un verdadero hazmerreír por su ostentación, su fanfarronería y una carencia completa de la noción del ridículo. El español en España es tan jacarandoso como fuera, pero como en el interior de su país todos lo son, el individuo no desentona del medio, sino que lo sigue; en cambio, es abierto, cordial, y su conversación está salpicada de palabras, giros o reflexiones siempre llamativas. Fuera de España, casi es intolerable: se le ve tosco, desarticulado, inseguro y, por sobre todas las cosas, ruidoso como una máquina infernal; parece incapaz de mover una silla sin arrastrarla, de sentarse a una mesa sin hacerla temblar; arrebatada la palabra a su interlocutor, habla muy alto y sin parar.

Ver al norteamericano en una gran masa o colectividad, un juego de la serie mundial de baseball, o en un partido football popular, como el clásico Army-Navy, es uno de los espectáculos más reconfortantes del mundo. Una masa enorme de gente, sana, hermosa, resuelta a apurar el placer de una tarde de expansión, aplaudiendo a su equipo favorito, pero sin animadversión o malevolencia para el adversario, antes bien, dispuesta siempre a reconocer y celebrar el coraje o la efectividad de la oposición. Tampoco puede ser más alentador verlo desenvolverse en una de las diez o veinte mil, o cien mil convenciones que anualmente celebran los más variados grupos profesionales. La anticipación increíble, de seis, ocho o diez meses, con que traza sus planes y arregla todas las cosas de su vida para estar exactamente, así llueva o truene, en el lugar, en el día y en la hora convenidos; la seriedad con que llega a la mesa de inscripciones para registrarse; la satisfacción con que se prende a la solapa de la chaqueta el tarjetón donde quedan impresos su nombre, procedencia y naturaleza de su representación; la cordialidad inagotable con que busca a los conocidos antiguos y acoge a los nuevos; la gravedad paciente con que escucha la honda filosofía que aconseja los modos mejores para atrapar a la ama de casa y venderle cualquier objeto innecesario y costoso; y, por supuesto, la plenitud con que se embriaga en las reuniones sociales de su convención. Todo esto revela a hombres y mujeres sanos o sin recovecos; abiertos a toda experiencia nueva, así sea pueril, o gozar de la vieja aun cuando sea por la vigésima vez; de un seguro instinto gregario, que lleva a creer y practicar el lema siniestro de la Guardia Civil española: "la unidad es la pareja", o sea, en este caso, que la colectividad supera

siempre al individuo, pues éste sin aquélla es apenas una pieza desarticulada y carente de sentido y de valor propios.

El norteamericano pierde en el extranjero el gran soporte de la colectividad dentro de la cual vive en su país. Es así natural e inevitable que sus limitaciones broten en seguida y que sean tan visibles y tan hirientes. Se le ve entonces como un ser ruidoso, torpe, entremetido, desconsiderado e infantil. Cómo recuerdo ahora —*verbi gratia*— haber llegado un día a visitar a Gabriela Mistral en su retiro veraniego de Petrópolis, en Brasil, y hallarla, contra su costumbre, alterada, dando órdenes imperiosas a su sirvienta para que abriera de par todas las ventanas y puertas de la sala.

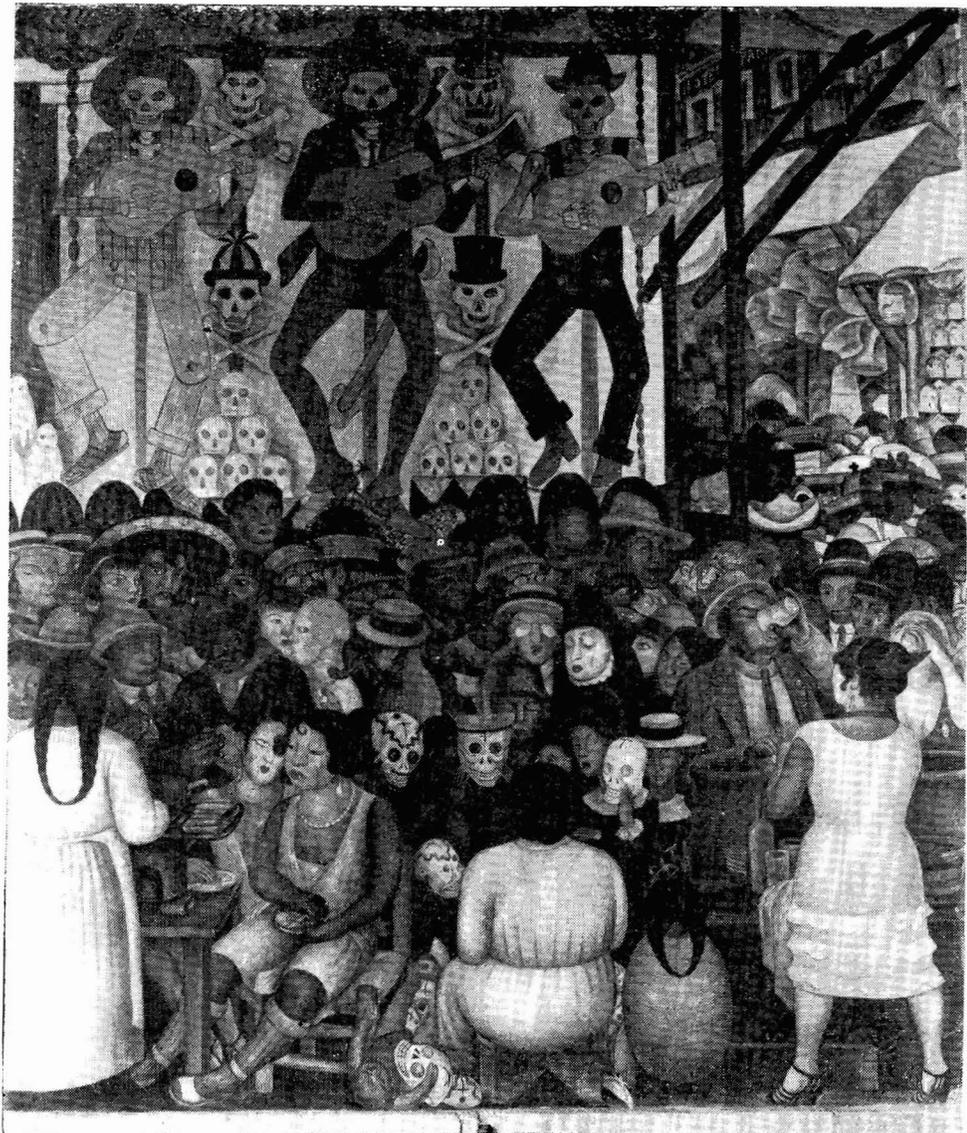
—¡Todo esto huele a pañales, está impregnado de pañales! — gritaba. Y al advertir mi incompreensión, añadió: —¿No vio usted salir a unos norteamericanos? ¿Han estado aquí una hora...!

Más que la infantilidad, sin embargo, el norteamericano que viaja o vive en el extranjero impresiona por su incapacidad para adaptarse al medio y comprenderlo, en consecuencia, sin que esto quiera decir que aborrezca ese medio; puede gustarle, e inclusive más que el suyo propio, y, sin embargo, no entenderlo. La fantasía de sus ropas veraniegas, por ejemplo, desentona de las del lugar, siempre más sobrias; por añadidura, están reñidas con el clima del sitio donde está. Nunca adopta el *café complet* que ha contratado con su agen-

te de viajes en Estados Unidos como "continental breakfast", y se empeña en pagar como extras costosísimas el jugo de frutas, los huevos y el jamón o el tocino de su desayuno habitual. Y cuando se trata de entender, por ejemplo, ese célebre "mañana", que supone ser uno de los rasgos definitorios del mexicano, entonces está perdido. Se siente audaz, llega a señalar la pereza como única explicación. Alguna vez un amigo mío norteamericano estuvo a punto de desmayarse de incredulidad cuando le dije que aquél mañana tan traído y tan llevado no hacía sino reflejar el agudísimo sentido que el mexicano tiene para distinguir entre las cosas efímeras y aquellas otras algo más permanentes, y que por eso, el mexicano, capaz de acometer éstas en cualquier momento, dejaba para mañana las efímeras, pues iniciándolas con la aurora del día siguiente, al menos podían vivir las pobres hasta el ocaso.

El norteamericano, en verdad, resulta en el extranjero tan inferior a como se ve y como es en su propio país, que algún extremista le aconsejaría permanecer siempre en él, y que todo el muchísimo dinero que gasta ahora en viajar por el extranjero, lo diera para que los extranjeros fueran a Estados Unidos. Así lo admirarían en lugar de ser objeto de burla o causa de temor.

TODO ESTO TIENE —me parece— un interés práctico y no tan sólo especulativo, además de relacionarse directísimamente con el tema que estudiamos. En efecto, de todos los países del mun-



Diego Rivera.—Fragmento de un mural



Rufino Tamayo.—Gato atrapado

do, Estados Unidos es el único que ha resultado incapaz de crear lo que podría llamarse un "servidor público", que lo represente oficialmente en el extranjero y que tome la mayor parte de la administración y el gobierno de las cosas públicas. Winston Churchill, Anthony Eden o Harold MacMillan, pertenecen a la clase social adinerada y conservadora de Inglaterra, y por eso es inevitable que su visión y su acción políticas reflejen los intereses y los gustos de esa clase; pero ninguno de ellos es dueño o accionista de una fábrica o de un negocio particular, y mucho menos puede decirse que han llegado a la posición de primer ministro por la razón de ser dueños o accionistas de ese negocio particular. Llegaron allí porque han hecho una vida pública, una carrera pública, y es incuestionable que, acertada o desacertadamente, representan los intereses unitarios del país, y de ninguna manera los de la Imperial Chemical o de la Vickers. El caso de los líderes laboristas es todavía más claro, pues aun cuando, por definición, sus ideas y su política se inspiran en la conveniencia de los trabajadores, en el gobierno no obran tan cruda o directamente como si fueran el secretario de un sindicato de mineros de carbón o de estibadores. Su visión y su acción son nacionales e imperiales. La vida política de Francia está llena de ejemplos semejantes: Poincaré, Painlevé y Blum antes, y hoy Mendes-France, Reynaud y Pinneau, son hombres que representan los intereses de Francia como un todo, aun cuando difieran entre sí en cuanto a los medios mejores para defenderlos. Y no sólo en Europa, sino en la India, por ejemplo, se da el caso de una familia como la Nehru, que ha iniciado su vida pública en la lucha por la independencia de su país. En México, como en muchos países latinoamericanos, puede llegarse al extremo de asegurar que los mejores talentos del país, las gentes más cultivadas, más sufridas y devotas de los intereses nacionales, son las que sirven como técnicos en el gobierno, lo mismo el federal que los locales. Su posición es, en general, secundaria, pues no tienen en sus manos el poder político; pero esto no les quita ni les puede quitar ninguna de sus buenas prendas.

En Estados Unidos la situación es muy otra. Rara vez ocurre que llegue a la presidencia de la república un servidor público, como el presidente Eisen-

hower, pues lo usual es que la alcancen políticos profesionales, ayer Truman y mañana Nixon. En el Congreso domina el político profesional y aun el animal político puro, o el representante desembozado de intereses particulares, como los famosos senadores "platistas" de hace apenas veinte años. Por eso, resultan excepcionales los casos de Borah, Glass o Wagner.

Pero es en el poder ejecutivo donde la situación resulta peor; allí la regla es que lo atienda en las capas inferiores una burocracia inerte, y en las superiores el negociante o el profesionista que ha vivido y volverá a vivir de los intereses privados y no de los públicos, como ha ocurrido con el antiguo secretario de la Defensa Wilson, o el antiguo procurador general Brownell, para no citar sino dos casos recientes. No sólo son los hechos, sino la filosofía que los determina. Entiendo que entre los méritos que se adujeron para justificar en su momento la designación como secretario de Estado del señor John Foster Dulles, fue el de que por largos años había estado asociado a una firma de abogados que representaba los intereses de grandes consorcios económicos internacionales. Y recuerdo muy bien que en época más cercana, al anunciar la designación del señor Henry Holland como subsecretario adjunto, encargado de los asuntos latinoamericanos, el Departamento de Estado hizo publicar un *curriculum vitae* del señor Holland, cuya parte más prominente era que pertenecía a una firma de abogados con intereses en México.

Ahora bien, ¿qué significado particular pueden tener para el norteamericano común estos y tantos otros hechos semejantes? Porque en México, un país tan modesto y tan desorganizado, no sólo se consideraría como inexcusable indelicadeza nombrar embajador mexicano en Washington, digamos, a un gran exportador de café, o a un importador de maquinaria norteamericana, sino que lo haría absolutamente imposible el hecho mismo de que el candidato tuviera esos intereses. Es indudable que en Estados Unidos se cree que haber defendido los intereses económicos de grandes consorcios internacionales, le daba al señor Foster Dulles la experiencia valiosísima de que el mundo era redondo, vario y complejo, y que el hecho de que el señor Holland sacara su sustento de México, lo predisponía, es de suponerse

que por reconocimiento, a amar a México. Es incuestionable que, en el fondo, todo esto parte de la noción norteamericana de que la única vía, o, al menos, la más positiva, del conocimiento y de la experiencia, es la del negocio, y no, por ejemplo, la menos comprometida de los libros. Semejante noción no sólo es equivocada, sino perjudicial para Estados Unidos, pues la experiencia ha demostrado una y otra vez que fuera de Estados Unidos se tiene como axioma que un hombre ligado a unos intereses materiales determinados, seguirá viendo por ellos, lo mismo cuando está al frente de ellos como negociante o como abogado, que si está temporalmente en el gobierno.

DEBO REFERIRME AHORA al estado que guardan las relaciones de México con Estados Unidos y a por qué son como en la actualidad son. La verdad de las cosas es que si las oficiales, las de gobierno a gobierno, son buenas y quizás mejores que nunca, el mexicano común, sea de la clase social que sea, malquiere a Estados Unidos, a su gobierno y a su pueblo. Puede decirse con verdad que nunca como ahora es impopular el norteamericano en México. Y puede decirse asimismo que la forma más fácil de ganar popularidad para una causa o una persona, es argumentar que aquella sirve para protegerlos de Estados Unidos y que ésta es antiamericana "probada". La manera más segura de arruinar el porvenir político de un mexicano es hacer correr el rumor de que es amigo de Estados Unidos, o, como realmente se dice, que está "vendido" a Estados Unidos. En la actualidad, un mexicano no parece poder tener autoridad moral si no habla mal de Estados Unidos, y no es patriota sino en la medida en que los censura. Y esto ocurre —como he dicho— en todas las clases sociales y en todos los grupos, sean de estudiantes y profesores universitarios, funcionarios públicos, periodistas, gente adinerada o gente pobre, el hombre ilustrado o el ignorante.

Este estado de cosas no es conocido públicamente porque la prensa mexicana no refleja la opinión nacional; pero puede medirse de un modo negativo por un hecho singularísimo: en México no existe hoy un solo defensor abierto de Estados Unidos y ni siquiera un hombre que se atreva a recomendar la amistad con Estados Unidos por razo-

nes de conveniencia. En cambio, existen muchas publicaciones —aun cuando de poca importancia— que viven exclusivamente de explicar todo problema o tropiezo nacional en función de la ingratitude, la hipocresía o la maldad norteamericanas.

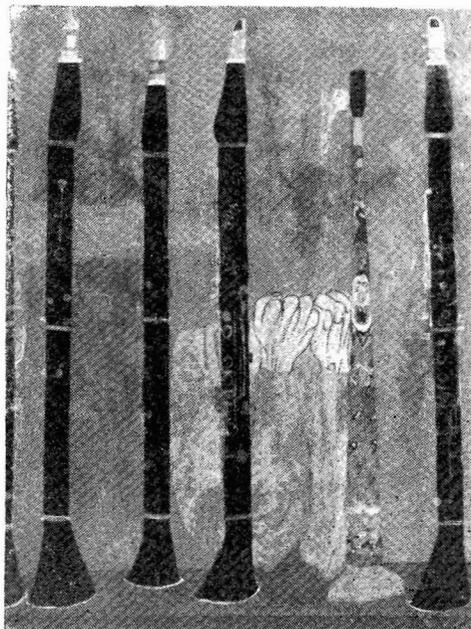
¿De qué depende todo esto? Supongo que los extranjeros desearían de hallar una explicación, y ciertamente la mayoría de los observadores norteamericanos, contarían en primer término este hecho histórico: México y Estados Unidos tuvieron una guerra, hace algo más de un siglo, que no concluyó con la victoria completa del ejército norteamericano, sino con la pérdida de más de la mitad del territorio de México; y luego, en 1914 y en 1917, fuerzas navales en un caso, y terrestres en el otro, ocuparon parte del suelo que conservaron los mexicanos.

No obstante, estoy convencido de que estos hechos, dolorosos e injustificables como sin duda alguna son, no han dejado en el mexicano deseo alguno de venganza y ni siquiera un rencor perdurable; pero no podía evitarse, por supuesto, que crearan desconfianza y escepticismo: no logramos reprimir una leve sonrisa ante las afirmaciones de que a partir de hoy, digamos, mexicanos y norteamericanos somos ya grandes amigos, o que lo seremos a partir de mañana.

La animadversión del mexicano hacia el norteamericano procede en parte del recuerdo de esos hechos dolorosos; pero en una medida bastante mayor su origen es reciente y tiene un marcado sello de reacción puramente irracional, cuyo origen remoto —me parece— ha de encontrarse en el hecho de que siendo distintas, las trayectorias de los dos países convergen. Esas reacciones irracionales son peligrosas por su carácter mismo de irracionales; al mismo tiempo, son las más difíciles de explicar y combatir. Algunas nacen de hechos pueriles, pero reales: al mexicano, por ejemplo, le irrita la prisa estruendosa del norteamericano, y le abruma su tendencia al ripio, una de sus características más lamentables. Otras nacen de hechos humanos más serios: el mexicano, que sufre su presencia continua, ha acabado por ver en el turista norteamer-

icano un derrochador desaprensivo en un país de estrechez. Y la circunstancia de que el pobretón mexicano, por necesitado o por ladino, se ponga zalamero para sacarle una limosna, no hace sino exasperar al mexicano que se gana su propio pan.

Por supuesto que el norteamericano, a su vez, tiene ideas preconcebidas sobre el mexicano. No cabe la menor duda, digamos, de que lo considera inferior física, intelectual y moralmente. De escasa vitalidad, lo supone inconstante e indeciso; de poca imaginación, lo cree agudo para ver los problemas, pero torpe para hallarles solución, sin contar con que los problemas que ve el mexicano, no son de los tangibles, de física o de mecánica, sino de los que se llaman vaga y grandilocuentemente "trascendentales"; laxo, adquiere con facilidad compromisos que después no sabe ni quiere cumplir. A lo sumo, el norteamericano le concede al mexicano una cortesía innecesaria y el "color", es decir, lo pintoresco; y cuando aquél se las da de muy agudo, llega a la conclusión obvia, pero



Ben Shahn.—Composición con clarinete

negativa, de que el mexicano es un ser antojadizo, complicado y difícil de conllevar.

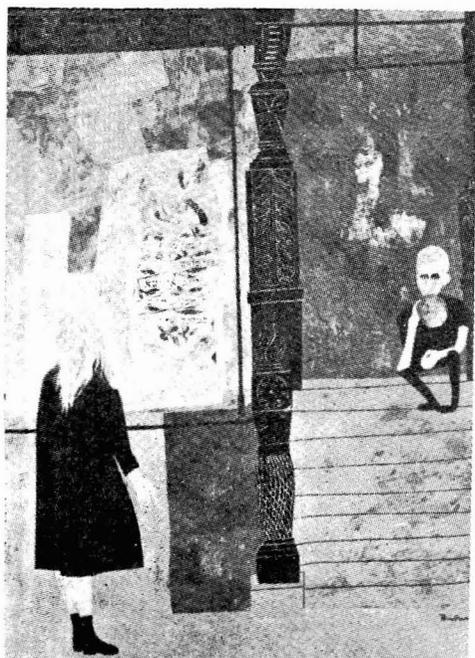
La verdad, por supuesto, es que el mexicano y el norteamericano son dos seres radicalmente diversos: tienen distintas actitudes generales ante la vida y el mundo, y también una diversa escala de valores.

El norteamericano, hombre fabulosamente rico, está acostumbrado a contar lo que tiene, lo que gana y lo que pierde; de ahí su propensión a fundar muchos de sus juicios de valor en la magnitud, en la cantidad. El mexicano, pobre de solemnidad como suele ser, en rigor no tiene nada o muy poco que contar, y por eso la noción de magnitud o de cantidad le resulta un tanto extraña; de ahí que sus juicios se basen o pretendan basarse en la noción de calidad. El norteamericano, que tiene en su país recursos naturales que ninguno otro hasta ahora ha tenido (quizás Rusia los tenga), sabe por experiencia que posee los medios necesarios para hacer cosas y que el logro de ellas sólo requiere la decisión y el esfuerzo humanos; esto le hace de manera natural activo y confiado. México es un país po-

bre en recursos naturales; por eso el mexicano cree que su decisión y su esfuerzo no bastan; que antes y por encima del hombre, hay condiciones dadas —providenciales, diría él— que es muy difícil o imposible superar; esto lo hace escéptico, desconfiado de la acción, creyente en fuerzas superiores a él y más caviloso que activo. Y deja para mañana muchas de sus empresas, no por pereza o indecisión, sino porque la insuficiencia de sus medios le ha enseñado hasta la saciedad que no por mucho madrugar amanece más temprano.

Esta misma disparidad de medios tan desproporcionada, ha producido otra diferencia importantísima de actitudes en el mexicano y en el norteamericano. Los recursos naturales de México son limitados; de ahí que buena parte de la riqueza del país se haya montado sobre una u otra forma de explotación del hombre, al grado de haberse llamado al indio mexicano la mejor riqueza natural del país. Todas las civilizaciones indígenas mexicanas anteriores a la Conquista se apoyaban sobre grandes masas de siervos, elemento único de trabajo, a quienes gobernaban y explotaban dos castas reducidas: la militar y la sacerdotal. No hablemos de los tres largos siglos de la dominación española; durante los cuales variaron los explotadores, pero no los explotados. Y todo el siglo y medio de vida independiente en un penoso esfuerzo para apoyar la riqueza más en la explotación de la naturaleza y de la técnica que en la del hombre mismo. Al mexicano, en consecuencia, no le son connaturales la libertad y la igualdad; las ha peleado y las tiene conquistadas apenas en parte. No ha abandonado, pues, ni mucho menos, el temor de perderlas, y por eso es extremoso el celo y el recelo con que las guarda y defiende: es avaro de un tesoro que sólo en parte ha logrado reunir.

Los colonizadores del territorio norteamericano fueron hombres que, exactamente por estar inconformes con las limitaciones a la libertad en su país de origen, huyeron de él para la América Septentrional; en ésta hallaron una tierra deshabitada y rica: casi no existían hombres a quienes someter y explotar, y los pocos que había, no pudieron ser ni enemigos ni esclavos por no haber



Ben Shahn.—The Mulberry Trees



George Grosz.—Pareja

echado raíces en el suelo. Al contrario, la inmensidad del territorio y su población escasísima debió haber dado al colono la noción de plena libertad, la que no encuentra para ejercerse ni siquiera un obstáculo físico. Esta experiencia histórica, casi única en el mundo, ha principiado por dar al norteamericano la noción de que le son connaturales la libertad y la igualdad, y ha acabado por darle dos nociones más: primero, la de superioridad; segundo, que como él ha sido y es tan libre en su país, puede hacer en otros cuanto quiera. En todo caso, lo ha llevado a una incapacidad completa para entender por qué en México la libertad se ha abierto paso con tanta lentitud y a costa de tanta sangre; por qué México ha tenido una historia tan accidentada; por qué el mexicano desconfía del norteamericano, a quien no en balde ha llamado desde hace mucho tiempo el "coloso del Norte": el mexicano lo tiene como el mayor peligro para su libertad, lo mismo individual que nacional.

El ambiente general de pobreza ha acabado por hacer del mexicano un ser algo gris, callado, modesto, aun encogido; pero en el fondo, antes se sentía seguro de sí mismo y orgulloso de su pobreza. Y todo él era un ente un tanto inactual: no muy siglo xx ni muy occidental. No creía que la riqueza fuera signo inequívoco de inteligencia o de virtud; en ella veía mucho de buena suerte y un poco de fatalidad. Por eso, creo que hasta hace unos cincuenta años, el mexicano no envidiaba mayormente la riqueza, ni veía en ella la meta mejor del afán individual y colectivo. No la ambicionaba tanto como la libertad, como la calma necesaria para hallar su camino, la holgura física para seguirlo, la soledad para gozarlo. Y creía en Dios, justamente porque ante Él no parecían contar de modo decisivo sino la virtud y el honor, y porque Él, a buen seguro, sabría apreciar más el recogimiento que la ostentación. Y esa pobreza, esa soledad, ese abandono en que el mexicano vivía, no dejaban de ofrecer algunas compensaciones, como la daba su ignorancia, que jamás fue obstáculo para nacer y desenvolverse con una sabiduría de la tierra y del hombre que no le daban las cartillas o los diarios. Hombre de piel muy fina a pesar de sus pies agrietados de tanto caminar descalzo entre las rocas o en el fango, el mexicano posee un sentido y una capacidad artística que no sé si tienen su igual en muchos pueblos de la tierra: goza ante un paisaje, se arroba en la observación de un rostro humano o en la contemplación de una imagen religiosa, el color le hiere y la nota musical más distante encuentra en él un eco simpático. El mundo en que había vivido, para decirlo de una buena vez, no era un universo material, sino vagamente espiritual y religioso; ésa ha sido la única razón de su existencia, la tabla de salvación a la que se ha aferrado mientras el resto del mundo, singularmente Estados Unidos, decidía preferir el gozo inmediato y externo de lo material al más permanente e interior del espíritu.

El norteamericano, en cambio, ha vivido en la riqueza; pero ésta conforma o deforma al ser humano mucho más de lo que se piensa. El norteamericano, por ejemplo, para nada muestra una sensibilidad tan despierta como para adver-

tir la desigualdad cuantitativa, el más y el menos: y quien es menos rico, quiere ser más rico y más rico, hasta perder la noción del término o del fin, la del reposo o del ocio. Lo que ha salvado hasta ahora a la sociedad norteamericana de estallar, sujeta, como ha estado, a esa fuerza, tenaz y opresiva, del apetito insaciable de riqueza, no es la igualdad de riqueza, que desde luego jamás ha existido, sino la "igualdad de oportunidades" para que todos se hagan ricos: y hasta ahora la experiencia reiterada de la sociedad norteamericana ha sido, en efecto, que algunos han podido hacerse ricos, y que, en consecuencia, todos podrían serlo con sólo tener la rudeza del luchador. Día llegará —y no está, en verdad, distante— en que esa experiencia, ya tan restringida hoy, se haga más y más rara, o claramente imposible. Y entonces —sólo que muy tarde para la salvación del mexicano— cambiará la tabla de valores humanos que hoy rige en Norteamérica.

Entretanto, debe convenirse en que la riqueza no es para guardarla calladamente sino para exteriorizarla, para lucirla, para hacerla brillar y sonar hasta cegar y ensordecen. De ahí el colorín, la velocidad, el ruido y el tufo; de ahí la necesidad de la chusma que aplauda, que coree, que admire y envidie. No es tanto que el norteamericano sea un materialista empedernido y sin salvación espiritual alguna, entre otras cosas porque jamás ha sostenido que la riqueza sea un fin, sino un medio; pasa que le han preocupado tanto los medios y gasta tanto tiempo en conseguirlos, que por fuerza se han convertido en fines, en el único fin, al grado de que ya es indistinto llamarle a la riqueza de una manera o de otra.

Por todo esto, el mexicano ve en el norteamericano a un intruso: el gigante que irrumpe en su pobre, mansa soledad para hacerse admirar y envidiar. Y el mexicano lo admira y lo envidia, y con el rencor de quien se siente obligado a abandonar su plácido rincón para cavar febrilmente la tierra en busca de un tesoro que lo haga digno de un mundo en el cual el santo y seña no es ya la virtud, la mansedumbre, sino el chasquido de una moneda de oro sobre el mostrador de la piqueta.

NO PRETENDO, como es obvio, trazar un cuadro general ni completo de las diferencias psicológicas —llamémoslas así— que existen entre el mexicano y el norteamericano; apenas se apuntan algunas para volver a la conclusión de que sus relaciones se mueven en un trasfondo de concordia limitada. El factor principal que aleja a estos pueblos es la distinta trayectoria que los anima; distinta, y, sin embargo, convergente, entre otras razones por la vecindad.

México parecía ser a fines del siglo xviii, o en los muy primeros años del xix, el país con un porvenir mejor y más seguro entre todos los de este continente, incluyendo a Estados Unidos. Su territorio era entonces el más extenso, su población, la más numerosa y la mejor asentada en el suelo; se acusaba ya más en México la concentración urbana de la población, fenómeno tan característico de la Edad Moderna: la ciudad de México era la más poblada de América hacia 1800; nuestro comercio exterior alcanzaba importancia y en bue-

na medida lo constituían, o la plata, metal precioso entonces tan codiciado como el oro, o materias primas como las maderas tintóreas, de tan ricas posibilidades industriales como lo fueron después las anilinas; gozaba México también del prestigio inequívoco de haber sido el asiento de brillantísimas civilizaciones indígenas y de la más sólida, extensa y experimentada organización colonial.

Estados Unidos tenía un territorio poco menos que confinado a una angosta faja paralela a la costa atlántica, en la cual su escasa población se había incrustado como temerosa e incapaz de avanzar hacia el fondo de una tierra que parecía infinita y cuya riqueza estaba, precisamente, no en la parte ya poblada, sino en la que yacía al Occidente. Estados Unidos no existía, en rigor: eran trece colonias prácticamente independientes una de la otra y con débiles lazos de sujeción con la metrópoli. Luego, se trataba de un país, como se dice ahora, de aluvión, es decir, sin abolengo, hecho de pedacería y de materiales no fundidos aún. Es verdad que consiguió su independencia antes que México, con mayor prontitud y venciendo a una potencia cuyo cuarto creciente brillaba ya en el firmamento internacional, y también que la Constitución de Virginia y los Artículos de Confederación y de Unión Perpetua fueron documentos políticos que no tuvieron un paralelo siquiera remoto en México, y que debieron haber sido indicio vehemente de que al Norte nacía un pueblo con un pensamiento político original y una capacidad de convivencia social muy poco común.

Pero hasta esos hechos, cuya significación nos parece hoy tan grande como indudable, no dejaban de tener por aquel entonces su contrapartida negativa. La rápida victoria norteamericana parecía menos hija de la fuerza de Estados Unidos que de la debilidad de Inglaterra, cuya marina —la más importante ya del mundo— resultó incapaz de salvar una distancia enorme para mantener en el campo de batalla ejércitos numerosos y bien aprovisionados. Luego, es indudable que le daba un aire de milagro a la victoria el hecho de que la hubieran obtenido trece colonias independientes, precariamente unidas para el solo fin de la lucha militar, pues su origen, su gobierno, sus intereses y pretensiones parecían entonces difíciles de conciliar. El hecho de que el nuevo país optara por el nombre de Estados Unidos, revelaba hasta qué punto nació bajo el signo de la desunión.

Siendo tan distinto el origen de los dos países y tan claramente favorables los augurios para México, el tiempo se encargó bien pronto de señalar y reiterar la trayectoria de cada uno: ascenso continuo hasta llegar hoy al pico más alto de la historia, para Estados Unidos; franco descenso primero, y después ascenso apenas perceptible, para México.

Estados Unidos acabó por contar con un territorio al que con fundada arrogancia llaman los norteamericanos "continente": por su magnitud y por su exposición a los dos grandes océanos del mundo, y porque contiene cuanto puede apetecerse para construir una gran civilización moderna y, por añadidura, un país equilibrado y tan poco vulnerable como es posible que lo consienta una civilización compleja y necesariamente

universal como es la de hoy. No carece de nada fundamental para alimentar con abundancia una población numerosa, y todavía le quedan grandes sobrantes que le permiten ser un exportador importantísimo de productos alimenticios; tiene materias primas cuantiosas, en general de buena calidad y muchas veces localizadas como por una mano providencial; de ahí capital, aptitud técnica y un mercado interior extraordinario.

Con el tiempo, México, en cambio, perdió territorio en lugar de ganarlo; se le fueron muy buenas tierras agrícolas y recursos minerales, hidráulicos y petrolíferos, excepcionales algunos. Y el territorio que le quedó —en franca y terca contradicción con la leyenda— es en buena medida mediocre o difícil de explotar por ahora: hecho añicos por

altas montañas que se entrecruzan, sus estrechos valles apenas consienten una agricultura inestable, en tierras expuestas a un proceso secular de erosión y que riegan mal lluvias veleidosas, y cuando, como en la costa, la tierra es buena y la lluvia abundante, entonces el hombre se encuentra en situación desventajosa por el calor, la humedad, la plaga y la peste. Su población, entonces, se alimenta apenas "para ir tirando". Las comunicaciones han sido penosas y caras y, en consecuencia, escasas; así se ha hecho difícil el intercambio material y espiritual, es decir, la formación misma de la nacionalidad. Sus recursos minerales, muy variados, de calidad media y en cantidades casi siempre moderadas, han caído en manos extrañas por falta de capital, de aptitud técnica y de un mer-

cado rico inmediato. Un siglo, y México, económicamente, quedaría postergado: no sería el país más importante del continente, ni el segundo, ni el tercero, ni el cuarto; en nada alcanzaría la calificación de excelente: su modesta economía le basta apenas para vivir, y exporta más de lo que puede, temeroso siempre del precio que aguarda a sus artículos, para comprar en el exterior algunos bienes de consumo y casi todos los de capital.

No ya en su economía, sino en su historia, Estados Unidos es un milagro: a caballo, con ruido, de prisa, dejando a la zaga una densa polvareda, galopa desde el Atlántico hasta el Pacífico, haciendo al mismo tiempo dos cosas de por sí difíciles: explorar y dominar un territorio inmenso y desconocido, y formar una nacionalidad. Y esto último, por añadidura, con elementos humanos no siempre afines, en veces, al parecer, incompatibles. E hizo Estados Unidos otras dos cosas también simultáneamente: su nación no fue una más, sino una comunidad política modelo y que intentaría con audacia y consistencia las mayores instituciones y las mejores formas democráticas de vida que hasta ahora se conocen. Y todo esto, diríase, partiendo de la nada, a pulso y en pelo.

México, al contrario, logra su independencia en las peores condiciones históricas. Los largos años de lucha para alcanzarla destruyen una parte de su riqueza: otra, perseguida, huye a España; y la que subsiste, pertenece a la iglesia católica, enemiga de la nueva nación. Así, al nacer, se desata en nuestro país un conflicto que habría de perdurar en sus formas más violentas por medio siglo, y para el cual hoy mismo, en rigor, no existe una solución digna, estable y justa. Por otra parte, México fue hijo de una potencia impotente: no sólo las energías vitales de ella menguaron hasta llegar casi a la extinción, sino que España, incapaz ya de crear, cayó por fuerza en la actitud de esconder, para conservar, lo mucho que había dado al mundo y lo que de él había logrado. México, como todas las colonias españolas de América, vivió así bajo un signo de conservación y de reacción, y no movido, como lo fue el país que sería más tarde Estados Unidos, excepto del modo más tortuoso y tardío, por las grandes fuerzas creadoras de la sociedad moderna. Esto ha podido ser un accidente histórico fácil de salvar en el siglo xvii; pero el hecho de que España no concuerriera al drama del que saldría la revolución política, económica y filosófica del liberalismo, fue ya fatal para las nuevas naciones hispanoamericanas; nacieron arrastradas por un torbellino de ideas y de hechos que les eran ajenos y cuyo alcance real no acertaban a medir. Entenderlos, apreciarlos, aprovecharlos, les llevó tiempo, esfuerzo y ¡cuánta desazón!

México, lejos de crecer a lo largo del siglo xix, se consumía en concertarse con el mundo: no terminaba aún de digerir a España, cuando principió a deglutir el universo moderno. Por esas dos razones principales —y por tantas otras secundarias—, México es también en cierta forma un milagro histórico, sólo que no de fecundidad, sino de supervivencia: es, de verdad, un milagro que aun esté en pie, y más todavía, que crea todavía en su destino.



José Clemente Orozco.—Fragmento de un mural



Rufino Tamayo.—Bestia herida